

**POLÍTICA,
CIUDADANÍA
Y
ESPIRITUALIDAD**

Giordano Frosini

Política, Ciudadanía y Espiritualidad.

©Giordano Frosini

©Per una Spiritualità
della Politica

Giordano Frosini

Editrice Esperienze

©Le Comunità Cristiane educano al Sociale e Politico
Commissione per i Problemi Sociali e il Lavoro.

©Ediciones Schola.

Insurgentes Nte. No. 1579

Col. Tepeyac Insurgentes

07020 México, D.F.

Tels. 57 81 93 46 y 57 81 59 40

Pagina wed: www.centrolindavista.org

E-mail: publicaciones@centrolindavista.org.mx

Traducción, Edición, Diseño y Formación: Ediciones Schola

Ilustración de Portada: Benozzo Gozzoli, “El Cortejo de los Reyes Magos”
(detalle). El autor ilustra una historia santa con personajes políticos de la
historia contemporánea del ‘Quattrocento’.

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL 1998

Primera reimpresión 2006

ISBN. 968-7931-09-4

Reservados todos los derechos.

Impreso en México/Printed in Mexico

ÍNDICE

Primera Parte: Para una espiritualidad de la Política Giordano Frosini

<i>Introducción</i>	5
<i>Capítulo 1.</i> Espiritualidad Cristiana	25
<i>Capítulo 2.</i> Espiritualidad Cristiana Laical	43
<i>Capítulo 3.</i> Para una espiritualidad de la política	63
<i>Capítulo 4.</i> Las virtudes morales del político	89
<i>Capítulo 5.</i> Las virtudes teologales del político	111
<i>Capítulo 6.</i> La fuerza del testimonio	133
<i>Conclusión</i> La primacía de lo espiritual	155

Segunda Parte: Las Comunidades Cristianas Educan a lo Social y a lo Político

<i>Introducción</i> Para una evangelización integral	161
<i>Primera Parte</i> Comunidades que educan	165
<i>Segunda Parte</i> Comunidades que valoran las oportunidades y los ámbitos de formación	175
<i>Tercera Parte</i> Comunidades que saben proyectar la formación	185
<i>Conclusión</i> Para un auténtico testimonio de caridad política	201

INTRODUCCION

Este libro, este mensaje, esta invitación van dirigidos al ciudadano/cristiano de a pie, al “político de a caballo” y la comunidad cristiana que tiene la responsabilidad de formar y de acompañar a los hombres y mujeres que se dedican a la vida social y política.

En este libro presentamos dos textos complementarios. Por una parte “Espiritualidad de la Política” de Giordano Frosini que presenta una meditación para la vida personal de un hombre o una mujer que se dedique a la vida pública y política al servicio de un pueblo y que también servirá para el ciudadano a tener una “espiritualidad de la ciudadanía”.

En segundo lugar, “Las comunidades cristianas educan a lo social y lo político” de la Comisión de Problemas Sociales y del Trabajo de la Conferencia Episcopal Italiana, un texto que responsabiliza a las comunidades cristianas -a la Iglesia- en el trabajo de formación y acompañamiento de los cristianos como ciudadanos y políticos, para que se dediquen al servicio de la polis.

La portada del libro presenta a un conjunto de políticos en discusión, tomados de la famosa obra “El Cortejo de los Reyes Magos” de Benozzo Gozzoli, que ilustró con personajes políticos de su época la historia santa. Nosotros creemos que nuestros políticos y ciudadanos contemporáneos pueden también, ilustrar una historia santa mediante su vida espiritual.

Objeciones

En México tenemos una clara percepción de que la política y los políticos son personas deshonestas, poco honradas, ‘malosas’, malvadas. Tenemos los malos ejemplos vivos de funcionarios, ex-funcionarios, de vidas privadas disolutas, de vidas públicas dedicadas al beneficio privado, de...

Por ello es que cuando alguien promueve la ética en la política, o aún más, la vida espiritual del político, o todavía más, la santidad a través de la política, seguramente que se ha de pensar que se es ‘ingenuo’, ‘tonto’, y hasta mentiroso o manipulador. Lo entendemos. Entendemos también que haya quienes digan que los principios son buenos, pero en la política se tienen que hacer a un lado.

Lo entendemos, pero no lo aceptamos, creemos que la vida política verdaderamente limpia es posible. Para ello tenemos en este libro los dos caminos complementarios: en lo personal la acción diaria y constante de reflexión, la oración y disciplina, y en lo social, la necesarísima acción de la comunidad eclesial de acompañamiento, formación y orientación.

Es seguro que en medio de la vida pública los cristianos fácilmente se van pervirtiendo, lo vemos en este libro con ejemplos italianos -lo vemos en los periódicos diariamente con muchos ejemplos mexicanos- especialmente cuando quienes llegan a la política lo hacen desde una visión del ‘nosotros somos buenos y personas decentes’ o desde aquella de ‘es desde dentro que tengo que actuar y para ello hacer todos los compromisos necesarios, dónde y cómo sea’.

Muchos otros, desafortunadamente se mantienen alejados de la vida pública, prefiriendo desarrollar un importantísimo e imponente voluntariado en el campo eclesial y social, “que no puede sin embargo agotar toda su responsabilidad”.¹ Otros católicos dicen que teóricamente es posible participar, pero en las condiciones políticas actuales no lo es, “hay que esperar el momento”.

Se critica a los cristianos desde el exterior también, cuando se dice que no podemos ser suficientemente democráticos, que los laicos son piezas de la jerarquía y que el rigor de los principios morales no es compatible con una gestión del poder. Por ello se les anima a permanecer ajenos a la política.

Las opiniones son respetables y durante la lectura de este libro se irán viendo respuestas a estas objeciones.

Quizá la primera respuesta es el testimonio de vida, indispensable frente a los antitestimonios que se nos presentan a diario y como guía en la disciplina personal requerida para el trabajo político.

Es necesario finalmente reconocer que todos hacemos política, desde el momento que estamos en esta sociedad, por acción o por omisión, por ello más vale hacerla bien. Como cristianos no se puede no participar en la construcción de una sociedad más justa. Entonces la pregunta es ¿cómo?

Compartimos el señalamiento de los obispos italianos cuando indican que “Los católicos no son una ‘realidad aparte’ del País. Ellos desean renovar su servicio a la sociedad y al Estado a la luz de

¹ “Las comunidades educan a lo social y a lo político”.

su tradición cultural y civil, de la doctrina social de la Iglesia y de los numerosos testimonios de caridad política, algunos de los cuales llegaron hasta el martirio”²

La conciencia y la esperanza como bases de la participación política

La esperanza es la actitud fundamental que anima al cristiano “a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a toda su existencia y, por la otra, nos ofrece motivaciones sólidas y profundas para el compromiso cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios”.³

Por ello es, en palabras de Mons. Fernando Charrier, (Presidente de la Comisión Episcopal que dió origen al texto que presentamos en la segunda parte de este libro) un deber irrenunciable de los laicos en el mundo, en la difícil transición de nuestra sociedad, dar «razón de la esperanza» (*1 Pt 3,15*), con su compromiso social y político.

Como ciudadanos de la ciudad terrena y la ciudad celestial tenemos dobles obligaciones, pues nos dice el Concilio:

² III CONVEGNO ECLESIAL, Nota pastorale, *I lavori del secondo ambito*, Indicazioni e proposte, I, 2 CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Con il dono della carità dentro la storia*, 30, doc. cit. Notiziario C.E.I., 1996, 180.

³ Carta de presentación de Mons. Fernando Charrier, Obispo de Alessandria y Presidente de la Comisión Episcopal para los Problemas Sociales y el Trabajo.

“El Concilio exhorta a los cristianos, que son ciudadanos de una y de la otra ciudad, a esforzarse por cumplir fielmente sus propios deberes terrenos, haciéndose guiar por el espíritu del Evangelio. Se equivocan aquellos que, sabiendo que no tenemos una ciudadanía estable sino que buscamos la futura, piensan por ello dejar a un lado sus deberes terrenales, y no reflexionar que, al contrario, precisamente la fe los obliga todavía más a cumplirlos, según la vocación de cada uno. En sentido contrario, están igualmente en el error aquellos que piensan poderse sumergir tanto en los asuntos de la tierra, como si estos fueran extraños a la vida religiosa, la cual consistiría, según ellos, exclusivamente en actos de culto y en algunos deberes morales. La separación, que se constata en muchos, entre la fe que profesan y su vida cotidiana, es visto como uno de los más grandes errores de nuestro tiempo.”⁴

Queda pues claro que “La esperanza en el cielo no es contraria a la fidelidad a la tierra, sino que es esperanza también para esta; confiando en algo más grande y definitivo, nosotros los cristianos podemos y debemos llevar la esperanza a lo provisional, a nuestro mundo de estados”.⁵

Así como la esperanza nos anima y exige, así la conciencia nos enseña por experiencia lo que decían los antiguos mexicanos, “que para vivir moral y virtuosamente era necesario el rigor, austeridad y ocupaciones continuas en cosas provechosas a la república”⁶

⁴ CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Cost. past. sobre la Iglesia del mundo contemporáneo *Gaudium et spes*, 43.

⁵ Ratzinger, Joseph, *Cielo e Terra, Riflessioni su politica e fede*, Piemme Casale Monferrato 1997, p. 74.

⁶ León Portilla, Miguel «*La Filosofía Náhuatl*», UNAM, 1974, p. 233.

Los ejemplos que tenemos para seguir a la conciencia en el tema político-social, son muchos, entre ellos queremos mencionar al pequeño grupo de la Rosa Blanca en la Alemania nazi, del que Karl Rahner⁷ señala que “... la verdadera base de este puñado de hombres fue la fidelidad a la conciencia, a una conciencia que puede emitir un juicio completamente diverso del que pronuncia la masa: un juicio que ninguno nos logra arrancar, un juicio que ordena comenzar cuando quizá ninguno tiene el valor de ir adelante, que conserva toda su validez aunque cuando no promete ningún éxito, que llama a la rendición de cuentas a nosotros mismos, porque es algo superior a nosotros mismos y no se identifica en nada con nosotros mismos”. Así quien resiste a si mismo ha vencido la batalla más difícil y está llamado a intervenir a favor de los otros con la palabra y la acción. No se puede ‘posponer la decisión en espera de que otros tomen las decisiones.’⁸

Entrar a la política significa renuncia a la indiferencia frente a la sociedad, frente a los pobres, frente a la caída de instituciones, frente al crimen, frente a la violencia, frente a la injusticia, es reconocer que “Cada uno es responsable por lo que hace y corresponsable de lo que deja que se haga. La verdadera política es compromiso personal. A cada generación se le presenta, de manera siempre nueva y diversa, la tarea de no cerrar los ojos frente a la injusticia, de no huir de los conflictos, de no hacerse indiferentes, de no dejarse capturar, de superar la pasividad y el fatalismo, el miedo del riesgo y el conformismo, aunque cuando no se trata de vida o muerte.”⁹

⁷ Citado por Paul Valadier, pag.17 *Noi non taceremos. Le parole della Rosa Bianca*, coor. Paolo Ghezzi, Morcelliana Brescia, 1997.

⁸ Ratzinger, Joseph, *Cielo e Terra, Riflessioni su politica e fede*, Piemme Casale, Monferrato, 1997, p. 74.

⁹ Richard von Weizsäcker, 1993 citado por Franz Josef Müller, *Noi non taceremo, op. cit.* p. 65.

Si la conciencia nos lo exige, habrá que entrar activamente a la vida pública, pero hay que hacerlo con la formación y con los medios necesarios para vivir conforme a nuestra conciencia en ese medio y lograr los objetivos de justicia, de paz, de solidaridad, de bien común, por los que entramos a la vida pública. Para ello requerimos de comunidad.

Papel de la Iglesia

La Iglesia tiene en lo social numerosas tareas de importancia, entre otras mencionamos: dar testimonio de la verdad y libertad, enseñar la verdad sobre la vida social, insertarse en diálogo con la sociedad, reconciliar a todos en el camino común.

Dar Testimonio:

Aquí está la principal tarea pública de la Iglesia cristiana en el mundo de hoy, dar testimonio. “Por su naturaleza la Iglesia debe estar separada del estado y su fe no debe ser impuesta por él, sino que se basa en la libre convicción... Debe ser una comunidad de convicciones. Pero debe también saberse responsable del todo y no cerrarse a sí misma: de la propia libertad debe dar voz a la libertad de todos, a fin de que las voces morales de la historia sigan siendo fuerzas del presente y se renueve siempre esa evidencia de valores sin la cual no es posible la libertad colectiva”¹⁰

¹⁰ Ratzinger, Joseph, *Cielo e Terra, Riflessioni su politica e fede*, Piemme Casale Monferrato 1997, pag 18

Enseñar la Verdad:

Queda claro como lo señala la encíclica *Centesimus annus*, que la doctrina social de la Iglesia es “parte esencial del mensaje cristiano, porque esta doctrina propone las consecuencias directas sobre la vida de la sociedad”.¹¹ Ello exige educar a la vida social, actuar en la transformación del mundo del trabajo, formar al compromiso político y a una praxis económica humanista, involucrarse en la organización de las realidades terrenas, es decir, evangelizar todo lo social y lo político.

Para una evangelización integral de la dimensión socio-política es necesario educar a los cristianos para que sepan ser ciudadanos conscientes y activos, que sobre el terreno hagan su parte y no sufran pasivamente los acontecimientos. Esto implica “**formar las conciencias, luego acompañar a las personas** en los momentos y circunstancias difíciles, **garantizar una preparación permanente** que tenga en cuenta la transformación de las cosas y la presentación de nuevos problemas en el horizonte de la humanidad, **estimular las energías intelectuales** para que trabajen y se dialoguen en amplios horizontes”¹²

Dialogar con la Sociedad:

En este fin de siglo las relaciones entre la Iglesia y el Estado, sean fáciles o difíciles, se han hecho menos importantes que la presencia de la Iglesia en la sociedad. Además que en la Iglesia se

¹¹ JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, 5.

¹² Carlos M. Martini, *Educare alla Politica*, p. 97 en “Alla fine del millennio lasciateci sognare” Piemme, Casale Monferrato, 1997.

reconoce un pluralismo de hecho en los compromisos, las formas de servicio, las tomas de posición políticas.¹³ Este pluralismo interno exige un diálogo claro con la sociedad, basado en la fe y en el respeto. La Iglesia en diversos momentos ha venido madurando su determinación de diálogo y de servicio, tal es el caso de la Iglesia italiana, que ha expresado la voluntad de “estar dentro de la historia con amor”,¹⁴ como expresión auténtica de su ser comunidad “concentrada en el misterio de Cristo y al mismo tiempo abierta al mundo”.¹⁵ Solamente así se puede ser creíble y entender la problemática, como lo señala el Cardenal Martini: “Para ser creíbles será necesario colocarse, no tanto arriba de las partes, sino abajo de las partes, o sea en la profundidad de la conciencia civil del país”¹⁶

Reconciliar:

La Iglesia tiene el desafío y la oportunidad también de reconciliar las vastas diferencias de status económico, raza, orientación política y experiencia social, pudiendo ser un modelo para la vida social.¹⁷

¹³ Conferencia Episcopal Francesa, “Proposer la Foi dans la Societé Actuelle, Lettre aux catholiques de France” Cerf, París, 1997, p. 34.

¹⁴ CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, Nota pastorale, *Con il dono de la caridad dentro la storia. La chiesa in Italia dopo il Convegno di Palermo*, 6, Notiziario C.E.I. 1996, p. 161.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Discorso al Convegno ecclesiale di Palermo*, 9, Notiziario C.E.I. 1995, p. 331.

¹⁶ Carlos M. Martini, *Educare alla Politica*, p.96 en “Alla fine del millennio lasciateci sognare” Piemme, Casale Monferrato, 1997.

¹⁷ Parker M. Palmer, “The Company of Strangers, Christians and the Renewal of America’s Public Life”, Crossroad, Nueva York, 1984, p. 34.

Además la Iglesia se encuentra en la posición de reconciliar la vida privada con la vida pública y social, para que las personas transiten de una a otra. Para muchos que viven aislados la Iglesia es la única alternativa al estrecho círculo de familia y amigos, el único lugar donde se puede encontrar a los extraños. En la Iglesia se encuentra a los extraños en un terreno seguro. Ahí podemos experimentar nuestras diferencias en el contexto de una fe común.

Concluimos este apartado con un ejemplo: Adam Michnik el luchador judío-polaco de *Solidarnosc*, al hablar de las luchas polacas de los ochentas, señala que la Iglesia “...dejó espacio para el heroísmo y la firmeza, así como para el compromiso realizado con sabiduría... la organización de la Iglesia se convirtió, no solamente en el punto focal de su propia misión pastoral, sino también en un apoyo muy importante para la vida de la sociedad, para la existencia de una nación consciente de sus derechos...”.¹⁸ Un ejemplo de cumplimiento de la misión.

Necesidad de un esfuerzo comunitario

No faltan pues las enseñanzas del Magisterio ni las motivaciones bíblicas y teológicas para una presencia propositiva de los cristianos en la política y en lo social; la carencia, lamentada por muchos, de hecho, es la de un cuidado pastoral específico con respecto del objetivo central de la formación de los fieles laicos y la falta de proyecto y de metodología adecuadas para realizarlo. Por este motivo la nota que presentamos de la Conferencia Episcopal Italiana, se preocupa

¹⁸ Citado por Rafael Landerreche y Adalberto Saviñón en “Introducción” en Adam Michnik, “*Cartas desde la Prisión*”, Jus, México, 1992, p. 18.

prioritariamente por poner el acento en algunos aspectos más organizativos y metodológicos de la formación a lo social y a lo político, insistiendo en particular en las numerosas oportunidades de la pastoral ordinaria de ofrecer momentos adecuados para dicha formación.

Es por lo tanto patrimonio eclesial la conciencia de deber educar a lo social y político, y las comunidades cristianas deben sentirlo como su tarea, so pena de una evangelización trunca.

El desafío no se dirige a algunos especialistas o a grupos con sensibilidades particulares sino que es tarea de toda la Iglesia y de todas las Iglesias.

La sociedad y la Iglesia, en muchas partes, no han sabido todavía hacer lo necesario para que las personas estén en posibilidades de afrontar con plena conciencia sus responsabilidades y esto debe extenderse a todos, “ya que potencialmente todos los ciudadanos pueden alcanzar las responsabilidades públicas y a todos se pide un comprometido ejercicio del discernimiento político mediante el voto”¹⁹ Y no sólo con su voto, sino que necesitamos numerosísimos “laicos que sean sujetos activos y responsables de una historia que hay que hacer a la luz del evangelio, y que desarrollen, con justa autonomía, sus recursos cristianos y humanos al servicio del país”²⁰. Esto no lo tenemos.

¹⁹ Carlos M. Martini, *Educare alla Politica*, p.85 en “Alla fine del millennio lasciateci sognare” Piemme, Casale Monferrato, 1997.

²⁰ Consiglio Permanente della Conferenza Episcopale Italiana, *La Chiesa italiana e le prospettive del paese*, n. 21 y 23.

Esta falta de acción pasada requiere un trabajo de la persona y de la comunidad, como dice el Cardenal Martini, citando a Lazzati (uno de los ejemplos de vida que se presentan en estas páginas): “‘Nace la duda’ de si la falta de una clara conciencia de lo que significa ser cristianos ‘pueda depender, más allá de las presiones del mundo... también de la falta de pertinencia de la formación ofrecida por las comunidades cristianas en las que nacen, crecen y viven los católicos’”²¹

Hoy en día vivimos en un mundo individualista, pero a la vez en un mundo en el que las personas se sienten aisladas, en el que todas las instituciones, organizaciones y empresas son parte de un sistema de apoyos, donde las personas físicas o morales deciden que hacen, pero la sociedad promueve que tengan vida, así la comunidad cristiana tiene que promover que haya políticos con verdadera inspiración cristiana que realicen lo que ellos en conciencia tienen que realizar, pero con el apoyo permanente de la Iglesia para que puedan actuar con recta conciencia. Se deben crear comunidades de cristianos adultos que aprendan a confrontarse, sin huir, entrando de lleno en la esencia de los problemas y haciendo del diálogo su instrumento de aprendizaje. Los laicos que dan su testimonio en el mundo tienen derecho a una aceptación plena en las comunidades, sin aislamientos sospechosos, con un acompañamiento solidario. También tienen derecho a un apoyo para una espiritualidad laical robusta, que sostenga la fatiga del compromiso. Las comunidades no pueden sustraerse a este compromiso esencial.

²¹ *Il vero scoglio della presenza cattolica*, Vita e Pensiero, 64, 1981, n. 10

Según los autores del documento de la Conferencia Episcopal Italiana que presentamos, el mayor equívoco, en la mentalidad corriente de los pastores y de las comunidades, es que la educación a lo social se segmente y separe del resto de la vida y enseñanza comunitaria. Se propone por ello la incorporación plena del tema en la formación de catequistas, en la aportación a la pastoral juvenil de criterios para revisar la vida concreta del barrio, en la pastoral familiar se incorpore la vida social más allá de la familia nuclear, etc. Porque, señalan, “Si somos conscientes de que lo social es parte esencial del mensaje cristiano, esta educación emergerá transversalmente en todas las formas ordinarias de la pastoral de la comunidad”.

Se trata de construir espacios de diálogo y de comunicación, a través de los cuales personas con lecturas políticas no necesariamente convergentes puedan “producir una sabiduría compartida”, comprenderse mutuamente y establecer relaciones significativas.

También esta parte la concluimos con un ejemplo, el de Martin Luther King, Jr. Sus biógrafos nos dicen que “A través de la corta duración de su vida y de su ministerio fue siempre el producto de la experiencia religiosa de los negros. No hay forma de entenderlo sin entender la religión de los negros.”²²

La religión de los negros fue la base de su estilo de predicación, la iglesia fue el contexto del movimiento que impulsó y la religión y la iglesia fueron las influencias centrales en su pensamiento. Para entender a King como hombre, como líder, como pensador o

²² William D. Watley, *Roots of Resistance, The non-violent ethic of Martin Luther King, Jr.* Judson Press, Valley Forge, 1985, p. 17.

para entender su ética de la no violencia, lo debemos considerar como un hombre de fe que suscribía ciertas leyes morales irrefutables e irrevocables”²³

Pluralismo de opciones

Es difícil para todos, en presencia de opciones culturales diversas, tomar decisiones coherentes con la fe que se profesa, por ello hemos visto que se requiere un auténtico discernimiento comunitario. Es importante evitar que la pluralidad de opciones se convierta en una dispersión o repercutan en separación dentro de las comunidades.

Pero, a la vez, es legítimo que los cristianos se comprometan en opciones diversas y aún opuestas. “Dentro de la diversidad de criterios, muchas veces no podrá decirse cuál es el verdaderamente acertado, son aproximaciones humanas hacia la verdad. Esto no quiere decir, que le sea lícito a un cristiano aceptar sin reserva cualquier opción política”²⁴

Importancia de la vida social para el cristiano

El corazón de la vida social y pública es la interacción con los extraños y esto es una experiencia vital y básica, sin esto la vida humana no es completa. Esta vida es “pre-política” Es importante tratar de influir sobre el gobierno, pero más importante es renovar la vida del

²³ Watley, *op.cit.* p. 130.

²⁴ Migoya, Francisco “*Los Cristianos Laicos Iglesia en el Mundo*” Buena Prensa, México 1994, p. 207.

público. Sin una población que sepa que comparte una vida en común, que es capaz de sentir, de pensar, de debatir y decidir, la política se convierte en un teatro de ilusiones, en el cual todos ven el drama que se desarrolla en el escenario y esperan jugar alguna parte, mientras que la acción verdadera se desarrolla entre telones, como juego de poder sin restricciones. La vida social y pública crea la comunidad que establece el gobierno legítimo y que también lo hace responsable ante el pueblo. La Iglesia predica una visión de la unidad de la humanidad que significaría muy poco si no se efectuara en la esfera pública.

Porque esta visión no incluye sólo a los amigos, familia o a los que piensan igual. Nuestra vida pública requiere de la aportación de la comunidad cristiana.

Aunque muchos hacen esfuerzos por usar la oración como escape del mundo, el Dios que encontramos en la oración nos conecta unos con otros.

Parker Palmer nos dice que la vida social y pública es un lugar donde Dios nos habla y forma nuestros corazones, con aquellas palabras y experiencias que no podemos escuchar en la vida privada o en la soledad. La peregrinación espiritual siempre nos lleva a lugares donde encontramos a otros, la fe es una aventura hacia lo desconocido, lejos de lo seguro y confortable.

Pero el extraño que nos trae las buenas nuevas en la vida pública no es solamente un hombre, sino toda una clase o grupo, son aquellos que están en las capas inferiores de la sociedad. Debemos recordar asimismo que ni el amor ni la verdad fluyen si estamos

establecidos confortablemente al centro de nuestra sociedad, porque ciertas verdades se pueden ver mejor cuando estamos al margen, en la orilla.

La hospitalidad es una virtud que San Benito nos ha subrayado, esta palabra hoy enfoca nuestra relación con el extraño, el desconocido y es un puente entre los espacios público y privado, y significa dejar que el extraño siga siéndolo, pero ofreciéndole aceptación. Esta aceptación se basa en una humanidad común sin tener que construir entre nosotros una amistad.

Cuáles son los textos que presentamos

El texto de Frosini nos habla primero de la Espiritualidad Cristiana, luego avanza a la Espiritualidad Cristiana Laical, especificándola y complementándola con la Espiritualidad Cristiana de la Política. Nos aporta luego una guía práctica al comportamiento con las Virtudes Morales y las Virtudes Teologales del Político y para que veamos que todo ello es posible –con la ayuda del Señor- nos presenta ejemplos de tres hombres dedicados a la política y su vida espiritual.

El texto de la Conferencia Episcopal Italiana nos presenta la formación del cristiano a la vida política y social. Pero nos aclara que “la obra formativa de la Iglesia no pretende crear “profesionistas de la política”, [...] porque el objetivo [...] es el de “motivar”, a partir de la palabra de Dios y de la doctrina social de la Iglesia, el sentido de un compromiso social y político”.²⁵

²⁵ COMMISSIONE EPISCOPALE PER I PROBLEMI SOCIALI E IL LAVORO, Nota pastorale, *La formación all'impegno social e politico*, Presentazione, ECEI 4, 1599.

La CEI nos presenta también una hipótesis de programa educativo que constituye un ejemplo y modelo de cómo podría ser organizada la formación, según los sujetos a los cuales acompañar y los objetivos a alcanzar.

Luego se nos presenta cuatro ejemplos concretos de niveles de acción:

- primer nivel: la formación de base y la sensibilización;
- segundo nivel: las escuelas diocesanas para la formación al compromiso social y político;
- tercer nivel: las iniciativas específicas;
- cuarto nivel: el acompañamiento espiritual y cultural para los laicos comprometidos.

Invitación

El programa básico del cristiano al que queremos contribuir, se encuentra en el mensaje del Sínodo de los Obispos (n11) “El compromiso de la acción socio-política de los fieles se basa en la fe, porque esta ilumina la totalidad de la persona y de su vida. Esto exige una formación cuidadosa, adecuada a los niveles de responsabilidad presente y futura. En las actividades políticas el compromiso de los fieles debe ser de honestidad, la promoción de la justicia social y de los derechos del hombre en todas las fases de la vida, la defensa y la reconquista de la libertad, sobre todo la religiosa, tan limitada en vastas zonas del planeta, y la búsqueda constante de la paz en el mundo entero”

Estamos en proceso de cambiar de mundo y de sociedad, la crisis de hoy se debe a la repercusión en las instituciones y sus miembros de un conjunto de cambios sociales y culturales rápidos que tienen una dimensión mundial. Vienen la fracturas sociales, la exclusión, una crisis de transmisión de las formas de vida fundamentales que transmitían las grandes tradiciones que ahora están en grandes problemas, de manera que ya no es posible descansar en las tradiciones recibidas, tiene que haber un esfuerzo de apropiación personal, que las personas tienen que buscar en las raíces y profundidades de sus vidas. Pero para apoyarlas debemos construir mecanismos de apoyo, aunque sean provisionales.

Nuestra aportación es este libro que queremos sea **una herramienta de trabajo, un instrumento de reflexión y de diálogo**, un medio para progresar en la experiencia de una vida ciudadana inspirada e impregnada por una verdadera espiritualidad.

Este libro es también un proyecto, es decir, desea ser el inicio de una acción, llamando a una reflexión fundamental sobre la presencia del ciudadano cristiano en la sociedad mexicana. Deseamos invitar a todos los grupos e individuos a aportar su contribución a esta reflexión, sentirse personalmente responsables del cambio en curso en la política y sociedad, sostenidos no en uno mismo sino en el Señor. Con usted lector está este instrumento que esperamos contribuya a construir un futuro mejor, hoy.

Palmer cierra su libro *La Compañía de los extraños* con unas palabras que sintetizan bien el proceso al que invitamos al lector “... vemos el proceso por el cual la visión de la vida pública se transforma en realidad. Es un proceso de búsqueda interior, profundizada,

disciplinada y dirigida por la comunidad de fe; una búsqueda que nos lleva al Dios en el que todos somos hechos uno; un Dios que nos lleva hacia afuera a la ‘compañía de los extraños’ con el valor para enfrentarnos a sus poderes de conflicto y de división porque estamos inflamados con la promesa de Dios de justicia y amor... Un día lo veremos”.

≡ Capítulo 1 ≡

Espiritualidad cristiana

Queremos ante todo precisar el significado de una palabra tan utilizada y de la que se ha abusado tanto, como es el término “espiritualidad”; una palabra, de acuerdo con un estudio de H.U. Von Balthasar,¹ a la que se concede prioridad en este campo, acuñada recientemente y a la cual por lo demás no se le reconoce un significado solamente cristiano. Así, se habla normalmente, por ejemplo, de espiritualidad benedictina, franciscana, y en sentido más amplio, de espiritualidad monástica o laical. Así, también se puede hablar (de hecho se habla) de espiritualidad budista o de espiritualidad musulmana. Es metodológicamente necesario partir de una concepción o definición genérica (se podría decir humana) para llegar después a lo específico de la espiritualidad cristiana.

No se trata de una tarea fácil, por el simple hecho de que, como sucede cuando se habla mucho de cierta cosa, no resulta sencillo expresar en términos exactos el concepto. Recordemos lo que decía San Agustín a propósito del tiempo. No es cierto, como algunos afirman, que cada quien tiene de la espiritualidad su propio concepto. Los elementos fundamentales serán por lo general comunes, solamente que difieren no poco entre sí.

¹ H.U. Von Balthasar, *Il Vangelo come norma e critica di ogni spiritualità, nella chiesa*, en “Concilium” I, 1965, p. 67-87.

Este primer capítulo tiene ciertamente un carácter introductorio. Aunque no se pueda, sin embargo, prescindir de él para la continuidad del discurso. Su intención: determinar la espiritualidad cristiana mediante sus elementos fundamentales. El discurso tiene un desarrollo gradual, pero se halla clara y sólidamente conjuntado. Porque la **espiritualidad cristiana**, es después (y ciertamente no en un sentido temporal) una espiritualidad laical, y, a fin de cuentas, **una espiritualidad laical en el ámbito político**. Transitemos a través del análisis para arribar a una síntesis. El procedimiento utilizado deberá presentar en forma más ordenada los diversos elementos necesarios para un discurso, al menos, lo suficientemente completo. De conformidad con el método clásico de Maritain: distinguir para conjuntar.

1. Clarificación de términos

Podemos considerar genéricamente la espiritualidad religiosa (existen también otros tipos de espiritualidad) como la forma de vida que se guía por los principios de la propia fe, el modo normal de relacionar nuestra propia existencia al Dios de nuestra religión. Von Balthasar se expresa en términos más rústicos y complejos: “Por espiritualidad se entiende la coordinación habitual de los hechos de la vida de un hombre, que deriva de sus juicios últimos y objetivos y de sus decisiones fundamentales.”² Esta calificación vital y existencial aparece como necesaria para la formulación de la idea. La teoría (la teología, en este caso) surge como condición necesaria de su existencia: de los diversos conjuntos de doctrinas derivan diversas espiritualidades, en ocasiones afines; en ocasiones, radicalmente opuestas.

² *Ibid*, p. 68.

Hemos abierto el camino para la definición de la espiritualidad cristiana. Esta tiene sus características particulares. Las convergencias no faltan, pero tampoco falta su especificidad. Para hacerse una idea de esta última, los puntos de partida pueden ser diversos e importantes: conviene agruparlos, para así obtener una perspectiva lo más completa posible. No haremos una selección, sino que buscaremos una visión complementaria; pero procederemos con orden. Vayamos de inmediato al elemento fundamental que lo especifica. La fe cristiana es esencialmente la fe en un Dios trinitario, que ha hablado a los hombres llamándolos a la salvación, que ha hablado dolorosamente a los hombres de la salvación, que los ha visitado y redimido en la plenitud de los tiempos, mediante su Hijo encarnado, muerto y resucitado, que lleva a cumplimiento la obra de la salvación a través de la acción invisible del Espíritu Santo, alma de la Iglesia, la comunidad escatológica de salvación. La espiritualidad cristiana encontrará en estos elementos (asumidos globalmente o, de alguna manera, asumidos separadamente) su identidad y su especificidad. Veamos cómo.

2. La naturaleza de la espiritualidad cristiana

Se puede partir de la afirmación del Dios trinitario, como lo hace, por ejemplo, Gustavo Gutiérrez en la obra dedicada a la espiritualidad de la liberación, “Beber en el propio pozo.”³ La definición de la espiritualidad podría entenderse en estos términos: “Modo particular con el cual todo bautizado vive su relación con Dios por medio de Cristo en la gracia del Espíritu Santo.”⁴ La visión es sustancialmente

³ G. Gutiérrez, *Bere al proprio pozzo*, Querianiana, Brescia, 1984, p. 52-123.

⁴ A. Favale, *Spiritualità del presbitero diocesano*, Las, Roma 1985, 18.

completa (aunque como veremos, es indispensable la referencia a la Iglesia), formulada según los esquemas normales de la teología y de la liturgia, pero quizá un poco abstracta. Por ello la podemos completar con otras especificaciones.

Si se hace referencia al Padre, se encuentra la espiritualidad típica del “Sí, Padre” (Mt. 11, 26), la espiritualidad de la fe entendida en su sentido profundo de “abandono” a la voluntad y a la palabra de Dios (Cf. *Dei Verbum* 5); la espiritualidad de Jesús, hijo-obediente-al-Padre (Hb 10, 5-9); la espiritualidad de María, “la sierva del Señor,” la virgen del “fiat” (Lc 2, 38). Y los contenidos se desarrollan y se clarifican en una progresión creciente en la perspectiva del siervo doliente de Yahvé. El camino de la obediencia de la fe es la vía normal de la santidad cristiana.

Von Balthasar insiste sobre todo en el seguimiento de Cristo, posible (mediante la gracia), que podemos implorar y, que no es sólo un seguimiento a distancia que *separa a Aquel* que lo ha cumplido todo en abundancia y *aquéllos que lo siguen a trompicones*, ya que, debido a estas obras superabundantes no les resta fundamentalmente nada necesario que cumplir, si es que en verdad, tienen necesariamente que cumplir. Sino que es un seguimiento tal que, mediante la gracia, los discípulos puedan acceder al sitio para ellos reservado en el guión de la obra.⁵ Una formulación sencilla y eficaz que, además, tiene en su favor una larga tradición histórica común desde la “Imitación de Cristo” (una obra que ha conocido una fortuna inmensa en el curso de estos siglos, aunque esté basada en una espiritualidad particular, la de la abnegación) hasta el más actual

⁵ H.U. Von Baltasar, Art. cit., p. 78.

seguimiento de Cristo, que ha encontrado en nuestros días un intérprete excepcional en D. Bonhoeffer. Seguir a Cristo es el ideal del cristiano, un ideal hecho posible por la presencia del Espíritu Santo, que anima y hace fecunda la existencia del bautizado. En estos mismos términos se busca hoy en día expresar también el contenido de la salvación subjetiva. Para G. Greshake, por ejemplo, “la gracia en el fondo es Jesús mismo, aquel que ‘desde fuera’, mediante su mensaje y el ejemplo de su vida, y ‘desde dentro’, por medio de su Espíritu, nos permite hallar el camino y aquí, desde ahora, a grandes rasgos vislumbrar nuestra humanidad realizada.”⁶

En Cristo convergen todas las posibles espiritualidades cristianas y, de alguna manera, todos los santos de la Iglesia indivisa se han saciado en su fuente: podemos recordar a San Francisco de Asís (la imagen especular de Cristo), San Serafín de Sarov (“muy semejante” a Cristo humilde y kenótico, manso y humilde de corazón), al mismo Martín Lutero (para el que Cristo es todo). Cristo, el hombre-Dios, es el arquetipo concreto y único de toda espiritualidad y de toda santidad, que no es otra cosa que el primer paso hacia su cumplimiento. El libro de texto es simplemente el Evangelio, en cuyas páginas se han formado todos aquéllos que han vivido a fondo la aventura de la espiritualidad cristiana. También Gutiérrez adopta esta perspectiva, identificando la espiritualidad con el seguimiento de Jesús e iniciando su conocido tratado con las palabras: “El cristiano es aquél que sigue a Jesús.”

Sin embargo, y reparando en la derivación inmediata del término, hoy se desea también centrar la definición en el Espíritu Santo.

⁶ G. Greshake, *Libertá donata. Breve trattato sulla grazia*. Queriniana. Brescia 1984, p. 28s.

Así, nuevamente Gutiérrez, en su libro más famoso: “La espiritualidad, en el sentido restringido y profundo del término es el campo reservado al Espíritu (...). La espiritualidad es una forma concreta, suscitada por el Espíritu, de vivir el Evangelio, una forma precisa de vivir ‘ante el Señor’ en solidaridad con todos los hombres, ‘con el Señor’ delante de los hombres.”⁷ Ya es capital la distinción en la unidad, pero esta conexión entre espiritualidad y Espíritu Santo se acentúa de manera muy poderosa hoy: la espiritualidad como el campo del Espíritu. La vida cristiana es, de hecho, una vida según el Espíritu (Rm 8,5), una obediencia continuada a sus inspiraciones y a sus sugerencias. Toda la existencia del cristiano está bajo el amparo del Espíritu Santo. “Somos bautizados en el Espíritu (1 Cor 12, 13); hemos bebido del Espíritu (ibid); renacemos en el Espíritu (Jn 3, 5); somos sellados en el Espíritu (Ef 1, 13); el Espíritu es fuente de vida eterna (Jn 7,38 ss); habita en nosotros como en un templo (1 Cor 3, 16); es el Espíritu de la filiación adoptiva (Gal 4, 6; Rm 8, 15); protagonista de nuestra oración (Rm 8, 26) y fuente de nuestra caridad (Rm 5, 5); el Espíritu de la revelación profunda de los misterios (1 Cor 2, 10 ss) es maestro de la verdad salvadora (Jn 14, 26; 16, 13); fuerza del testimonio sobre Cristo (Mt 10, 20; He 1, 8); conduce a los verdaderos hijos de Dios (Rm 8, 14), fortifica al hombre interior (Ef 3, 16) y lo transforma admirablemente a través de la contemplación de los misterios de Cristo (2 Cor 3, 18); es dispensador de los innumerables carismas en la Iglesia (1 Cor 12, 4 ss), que embellece de deliciosos frutos de las obras perfectas (Gal 5, 22)”⁸ **El Espíritu es el gran director de escena de la vida espiritual del**

⁷ G.Gutiérrez, *Teología della liberazione*, Queriniana, Brescia, 1972, p. 202s.

⁸ R. Moretti, *Spiritualità*, en *Dizionario di spiritualità dei laici*, coordinado por E. Ancilli, II, Or, Milán, 1981, p. 293.

cristiano, la raíz de toda espiritualidad, hasta, podría decirse, la norma de vida del discípulo de Cristo (Rm 8, 2).

Señalo otro posible punto de referencia: el de la revelación. Es la idea central de un clásico de la literatura espiritual: *Introducción a la Vida Espiritual* de L. Bouyer.⁹ La vida espiritual cristiana (la espiritualidad cristiana) no está dominada tanto por la idea de que Dios es persona, cuanto por el hecho de que Dios se ha revelado y se ha comunicado al hombre. Es la gran noticia (el evangelio) de la revelación bíblica hebraico-cristiana: “Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef. 1, 9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina»” (DV 2). Todo está orientado a esta revelación: hasta la oración es cristiana en la medida en la que se inicia por la escucha de la palabra de Dios. Esta dimensión es más valiosa porque en nuestros días vivimos el tiempo del retorno a la palabra de Dios. Este es uno de los mayores dones que el Espíritu está haciendo a su Iglesia. Colocada en este contexto, la espiritualidad cristiana encuentra alimento y sostén, lejos de todo espíritu subjetivista y de todo ataque de tipo psicologista. El cumplimiento de la palabra es la santidad consumada: el camino que nos lleva (la espiritualidad) se convierte en esfuerzo, ascesis, mortificación. Un retorno total a la palabra: a la palabra tal como es, a la palabra entendida en su significado vigoroso y pleno, “sine glosa,” conforme al ideal severo y programático de san Francisco. Propiamente hablando, **no es el hombre el que elige a Dios, sino Dios el que elige al hombre**. La palabra libre, autónoma, soberana es el signo inconfundible de esta elección. “Efectivamente, es esencial al hecho judaico y cristiano de

⁹ Borla, Turín, 1965.

la palabra divina no ser solamente una respuesta dada por Dios al clamor del hombre que lo busca, sino la iniciativa gratuita, libre y soberana de Dios, al buscar primero al hombre que no lo buscaba, o que bien, casi no se preocupaba en absoluto. Como proclama el Evangelio: ‘No me habéis amado primero vosotros, sino yo os he amado...’ No ha sido Israel el que eligió, sino que ha sido Dios quien ha elegido a Israel: lo ha elegido, lo ha llamado, lo ha creado con su llamado. En el diálogo, Dios es el primer interlocutor que no solamente se dirige espontáneamente al encuentro del otro, sino que crea al otro y no se cansa de recrearlo llamándolo en la oscuridad.”¹⁰

3.Una espiritualidad eclesial

Hay al menos una característica que la espiritualidad católica no está dispuesta a permitir que se pierda. Se expresa claramente en un conocido texto de la *Lumen gentium*: “En todo tiempo y en todo pueblo esgrato a Dios quien le teme y practica la justicia. Sin embargo fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdd y le sirviera santamente.” (n. 9). **El cristiano no es un navegante solitario, un alpinista aislado. Su espiritualidad se caracteriza esencialmente por una nota de “comunitariedad.” Su espacio vecinal es la Iglesia.**

Aquí debemos hacer algunas consideraciones. Por una parte la así llamada nueva espiritualidad descubre siempre más y siempre mejor la urgencia comunitaria; por otra, parece ampliarse cada vez más el área del individualismo, del intimismo, hasta los límites del así llamado cristianismo sin Iglesia.

¹⁰ *Ibid.* 22.

El primer punto ha sido objeto de una diligente consideración en el tercer encuentro de las iglesias italianas que se realizó en Palermo en noviembre de 1995. No se trata de un simple descubrimiento: sin pertenencia comunitaria no se da una verdadera y propia espiritualidad católica. Evidentemente se desea subrayar una exigencia que se advierte cada vez como más necesaria en este retorno al Evangelio y en el actual clima cultural. “Nosotros los viejos hemos sido espiritualmente individualistas” dice, no sin una cierta exageración, el más grande teólogo contemporáneo, K. Rahner.

Pero, frente a esta recuperada sensibilidad comunitaria por parte de aquellos más atentos a las exigencias del Espíritu y a los signos de los tiempos, debemos reconocer el hecho del progresivo tránsito hacia lo privado por parte de muchos, aun de aquellos que perseveran en su adhesión a la Iglesia y a su práctica sacramental. Es absolutamente necesaria una labor de educación y de catequesis, para que las cosas sigan por el camino adecuado. Esto significa superar en belleza al espíritu de nuestro tiempo, que en el individualismo encuentra una de las características más acentuadas y fundamentales. Una cultura que va cosechando víctimas dentro de la propia comunidad cristiana.

Comunidad cristiana: desde siempre este es el nombre y la característica de la Iglesia de Cristo. **La Koinonía es el lema de la primera comunidad cristiana, la comunidad fundamental y fundadora, que sigue siendo el modelo para toda experiencia de Iglesia.** “Cristo sí, la Iglesia no” es la tentación de la separación llevada a sus límites: una posición que no tiene ninguna posibilidad de justificarse. Cristo se encuentra en la Iglesia, en su palabra, en sus gestos sagrados, en su jerarquía, en su comunidad animada por los múltiples carismas que el Espíritu difunde en todos los bautizados.

Realizar las auténticas comunidades cristianas es una de las tareas más exigentes del momento actual, y, entre otras razones, una condición indispensable para la evangelización. La espiritualidad apunta en esta dirección: por ello el servicio de la evangelización, es tarea esencial de la comunidad cristiana, compromiso prioritario de la Iglesia a las puertas del tercer milenio.

4.Unidad y multiplicidad

Es evidente que la espiritualidad cristiana es una sola aunque la hayamos venido estudiando a través de diversos enfoques. Sin embargo, es cierto que desde siempre se habla de espiritualidades diversas, evidentemente no en su sustancia, sino en sus modalidades y aspectos secundarios. Hay algunos autores que no están de acuerdo con esta distinción, pero nos parece que este hecho debe imponerse a la conciencia de todos. Creemos que de un solo árbol surgen troncos y luego diversas ramas y finalmente hojas. No se niega la unidad, ya que los elementos fundamentales, que hemos determinado ya; siguen siendo los mismos, pero la unidad se refracta en una multiplicidad, de la cual es difícil lograr una conciencia completa y exacta. Un autor nos ofrece una noción plausible, al definir a la espiritualidad en su diversidad como “un servicio cristiano particular a Dios, que acentúa determinadas verdades de fe, prefiere algunas virtudes siguiendo el ejemplo de Cristo, persigue un fin secundario específico y se sirve de medios y prácticas de piedad particulares, revistiéndose de características singulares.”¹¹ Es necesario estar atentos a las cuestiones particulares: una forma determinada de vida, una determinada situación existencial, una particular situación histórica, un fin determinado, la elección de un punto de vista específico, todo esto lleva a acentuar

¹¹ A. Matanic, *Spiritualità*, en *Dizionario enciclopedico della spiritualità*, coordinado por E. Ancilli, III, Città Nuova, Roma, 1990, 2384.

algunas verdades del patrimonio revelado, a subrayar algunas virtudes cristianas, a elegir algunas prácticas con preferencia a otras. La imitación de Cristo es tan rica y compleja que puede concretarse en muchas de sus múltiples facetas.

No es fácil (es más, es imposible) determinar a priori todas las posibilidades que se presentan. Son sobre todo la historia y la experiencia las que pueden guiarnos en esta investigación. Siguiendo al citado autor, podemos tener presentes los siguientes criterios: el étnico-geográfico, el doctrinal, el ascético-práctico, el histórico, el de los grandes fundadores, el de los estados y las profesiones. Es sencillo ejemplificar los casos específicos. A nosotros nos interesa el último criterio, según el cual se habla de una espiritualidad religiosa (monástica) presbiteral-episcopal, laical: esta última se divide en tantas ramas como las profesiones y actividades humanas. **Un maestro y un político se hallan incluidos en el marco de la espiritualidad laical, pero se distinguen por el objeto próximo de su compromiso concreto.**

Una vez identificadas las características de la espiritualidad cristiana, nuestra siguiente tarea será buscar las condiciones de la espiritualidad laical y dentro de esta, de la espiritualidad del político. Esto lo haremos en los próximos dos capítulos. Pero antes debemos completar nuestra reflexión sobre la espiritualidad cristiana, de manera genérica.

5. La ley de la cruz

No habría comprendido lo que se ha señalado anteriormente, quien, con fundamento en quien sabe que clase de reflexiones, afirmara que existen algunas espiritualidades que pueden hacer a un lado la ley

de la cruz. Evidentemente serían las espiritualidades laicales, contrapuestas en esto a las otras dos, en particular a la espiritualidad religioso-monástica. Es un malentendido que tiene sus precedentes históricos, pero solamente a nivel epidérmico, sin ningún fundamento teológico serio. Es una manera burda de entender la vida cristiana en el mundo, una verdadera traición al auténtico pensamiento del Señor y de la tradición de la Iglesia. Se pueden releer las palabras que Jesús pronunció en uno de los momentos fundamentales de su vida: el momento de su partida para Judea, después de la confesión de Pedro en Cesárea de Filipo y antes de la Transfiguración: “Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su propia vida a causa mía y del evangelio, la salvará” (Mc 8, 34-35).

La cruz es la condición indispensable del seguimiento. Toda la historia de la Iglesia está apuntalada en esta convicción que no podía ser expresada de manera más clara y decidida. **El camino de la cruz no es sólo el camino de Jesús, sino la vida que se abre taxativamente delante de todo cristiano.** Pensar actuar de manera diversa significa simplemente pretender lo imposible. Seguimiento y cruz son sinónimos, dos realidades perfectamente inseparables. Es importante comprender lo que significan estas misteriosas y desconcertantes palabras. Un agregado en el texto de Lucas nos puede ayudar a comprender el verdadero sentido de la cruz cristiana. Al expresar el mismo pensamiento de Jesús, Lucas se expresa así: “Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9, 23). Cada día: la cruz de Cristo no es la cruz de una ocasión particular, sino una realidad cotidiana. Y es también algo libremente aceptado, derivado de una aceptación de la voluntad libre: “Si alguno quiere seguirme.”

No se trata entonces de una cruz física, del sufrimiento y del dolor, que no pertenece al campo de nuestra elección, sino que nos es impuesta, de diversas maneras por la vida. Forzar la vida en esta línea nos llevaría al dolorismo (a la búsqueda del dolor por el dolor), que frecuentemente ha hecho su aparición dentro de la comunidad cristiana. Pero se trata de una irrupción indebida, injustificada, sin fundamento. Ciertamente el cristiano, como los demás, aún más que los demás, está llamado a llevar sobre sus espaldas la cruz de la condición humana: esta asunción ciertamente es rica en valores espirituales y la tradición no ha permitido que estos se diluyan. Pero debemos buscar la cruz típica del cristiano en otra dirección. Como nos lo advierte lúcidamente D. Bonhoeffer, “la cruz no es el dolor natural de nuestra existencia normal, sino el dolor que depende del hecho de ser cristianos.”¹² La cruz típica del cristiano es la cruz del seguimiento, la cruz de la fe, la cruz de la palabra de Dios. La parábola del sembrador contiene una preciosa indicación a propósito de la semilla que cayó en un terreno rocoso: “apenas llegó una tribulación o persecución a causa de la palabra” (Mt 13, 21). Hay una persecución a causa de la palabra: una persecución externa, que no depende de nosotros y que, quizá, no es la más peligrosa; pero también hay una persecución interna a causa de la palabra. Porque la palabra de Dios es crucificante, mortificante, una palabra que nos impulsa contracorriente porque nos impulsa sobre todo contra nosotros mismos. Esta es propiamente la cruz del cristiano. Como nos advierte nuevamente Bonhoeffer: “Es la muerte del viejo Adán en el encuentro con Jesucristo” porque “todo mandamiento de Jesús nos hace morir con todos nuestros deseos y nuestras pasiones.” La *Confessio augustana* lo expresa claramente al definir a la Iglesia

¹² D. Bonhoeffer, *Sequela*, Queriniana, Brescia 1971, p.70.

como comunidad de aquellos “que son perseguidos y martirizados a causa del Evangelio.”

Todos indistintamente: la ley de la cruz domina sin duda todas las espiritualidades del cristianismo; ella pertenece al núcleo central de la predicación de Cristo. El discípulo —cualquier discípulo, sea cual sea su condición existencial— no puede ser mayor que su maestro.

6. La lección del concilio

Releer el concilio (aquí haremos alusión sobre todo al capítulo V de la *Lumen Gentium*) significa reencontrar, si bien desde un punto de vista ligeramente diverso, los mismos pensamientos desarrollados hasta el momento. El concilio habla de santidad (del llamado universal a la santidad), que, hemos dicho, es la culminación y el coronamiento de la espiritualidad. La línea de pensamiento es por lo tanto la misma. De la santidad los textos conciliares ofrecen una cierta definición, que es importante recordar. Es “la plenitud de la vida cristiana y la perfección de la caridad” (*Lumen Gentium* 40). O también “la perfecta unión con Cristo” (*Lumen Gentium* 50), de conformidad con un enfoque típicamente paulino. A ella están llamados todos los bautizados: de la santidad de la Iglesia a la santidad en la Iglesia. Que es única en su sustancia, aunque sea múltiple en sus formas: “En los diversos géneros de vida y en los distintos oficios se cultiva una única santidad por todos aquellos que son movidos por el Espíritu de Dios y que, obedientes a la voz del Padre adoran en espíritu y verdad a Dios Padre, siguen a Cristo pobre, humilde y que carga la cruz para merecer ser partícipes de su gloria. Cada uno según sus propios dones y oficio debe avanzar sin vacilación en el camino de la fe viva, la

cual enciende la esperanza y opera por medio de la caridad” (*Lumen Gentium* 41). La unicidad de la vocación es conferida por la única fe, por el único bautismo: “Uno es por lo tanto el pueblo elegido por Dios: ‘un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo’ (Ef 4, 5); común es la gracia de los hijos, común la vocación a la perfección, una sola salvación, una sola esperanza y una caridad indivisa” (*Lumen Gentium* 32). La variedad está determinada por la diversa posición en la vida, en la sociedad, en la Iglesia. La ordenación conciliar es sólo fragmentaria y ejemplificativa. Pero su conclusión es omnicomprendiva: “todos los fieles serán cada día más santificados en sus condiciones de vida, en sus deberes o circunstancias, y por medio de todas estas cosas, si las aceptan todas con fe de la mano del Padre celestial, y cooperan con la voluntad divina, manifestando a todos, en el mismo servicio temporal, la caridad con la cual Dios ha amado al mundo” (*Lumen Gentium* 41).

Se ha dicho justamente que el capítulo V de la *Lumen Gentium*, y sobre todo el texto ahora señalado, es el lugar de las partículas “en,” “con” y “para.” Cada uno debe vivir la propia espiritualidad y por lo tanto santificarse en el propio puesto de trabajo, por medio de las acciones que la profesión le impone día a día, sin evasiones o fugas, en orden a la manifestación del rostro de Dios a través de las realidades de la propia vida cotidiana. El texto conciliar concluye un período histórico más bien caótico y confuso, en el cual parecía que la única espiritualidad posible era la del religioso (y más específicamente la del monje) y que todas las demás profesiones debieran derivar de ella sus reglas, sus paradigmas, sus contenidos. No existen espiritualidades de referencia. Todas las profesiones, todas las condiciones de vida justifican autónomamente su espiritualidad y la santidad a la que conducen. Multiplicidad en la unidad, de

conformidad a la ley fundamental impuesta a la Iglesia por su ser reflejo del misterio trinitario.

El Concilio nos ofrece, además, otro texto precioso, aunque no haya sido concebido de manera sintética ni elaborado de manera sistemática: el que trata de los caminos y de los medios hacia la santidad. Aquí el tema se aborda en un plano más general. De lo que en dicho texto se postula, todas las espiritualidades cristianas tienen necesidad, si bien con modalidades distintas para cada caso concreto. “Para que la caridad crezca como buena semilla y fructifique, todo fiel debe escuchar voluntariamente la palabra de Dios y, con la ayuda de su gracia debe cumplir con obras su voluntad, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en el de la Eucaristía, y en otras acciones sagradas; dedicarse con constancia a la oración, a la abnegación de sí mismo, al activo servicio a los hermanos y al ejercicio de todas las virtudes” (*Lumen Gentium* 42). Se trata de siete indicaciones, en las que la razón de un medio se confunde (especialmente en los primeros dos casos) con la razón de los fines. Es sin embargo un listado precioso para todo aquel que desee aclarar los caminos a seguir.

Todas las indicaciones merecen atenta consideración. Hagamos algunas reflexiones, dejando para más tarde un tratamiento más específico, al tratar de las vocaciones laicales, en particular de la del político. Debemos notar, ante todo, que la escucha de la palabra de Dios se coloca en el primer lugar. Una aportación de la nueva espiritualidad de la cual el Concilio Vaticano II se ha hecho portador, sobre todo con la Constitución *Dei Verbum*. **La palabra de Dios es luz y fuerza, indicación del trabajo y sostén en la fatiga del camino cotidiano.** Su centralidad en la vida de la Iglesia y del cristiano no es

del mensaje cristiano. Su lección no ha llegado a todos y no ha llegado en plenitud. El espiritualismo (una especie de mentalidad platónica con la que la espiritualidad cristiana no tiene nada en común) es una actitud que difícilmente perece, siempre pronta a resurgir, incluso con otros nombres y bajo términos falaces. Un avance en el Concilio en este sentido resulta muy saludable. Saludable sobre todo para los laicos, que han alcanzado con ello orientaciones claras para su labor y un fuerte impulso para hacer efectivas estas orientaciones.

Algunas expresiones son dignas de atenta reflexión. Se ha dicho que los laicos cristianos se hallan más obligados que los demás, para cumplir con sus propios deberes terrenales. Esta es una de las actitudes típicas del Concilio, un Concilio intrépido (de lo que se deriva una metodología digna de imitarse) que parece defenderse atacando. Razones para estar más obligados: las motivaciones de la caridad y, sobre todo, de la esperanza: el cristiano está llamado a colaborar desde ahora con Dios en el advenimiento del Reino. **El tiempo que vivimos no es sólo tiempo de expectación, sino también de preparación y de trabajo: hay que evangelizar al mundo, hay que crear un orden nuevo en las relaciones de los hombres y de las cosas.** Los tiempos no son sólo un espacio de expectación con los brazos elevados y la mirada atenta únicamente hacia el cielo: el hombre está llamado a colaborar en el advenimiento de los cielos nuevos y de la tierra nueva. La espiritualidad del Concilio alcanza aquí sus mayores cimas. Y la espiritualidad del laico, que de estas fuentes se nutre en plenitud, en contacto con ellas se trasciende y se sublima. Releamos, a propósito de este tema, el número 39 de la *Gaudium et Spes*, uno de los textos más valientes de todo el Vaticano II. En la construcción del Reino, el laico tiene una función propia e insoslayable que desempeñar.

Las cosas, afirmaba originalmente el texto fundamental, deben ser ordenadas de acuerdo con la voluntad de Dios, dando por supuesto que no lo están, y que, como advierte el apóstol Pablo, la creación gime y sufre hasta hoy dolores de parto (Rom 8,19-23). El programa es genérico, pero compromete. **Ordenar las cosas según Dios, significa organizar la tierra, hacerla habitable y acogedora, generar relaciones nuevas en la sociedad, suprimir la miseria y la explotación, convocar a todos para que compartan los bienes que Dios ha creado para todos.** Son éstos los horizontes del Reino que, tal como afirma el familiar prefacio de la Iglesia, es Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz.

“Haciéndose guiar por el espíritu del Evangelio” significa obrar siempre como cristianos, según la típica expresión de J. Maritain, que distinguía una doble modalidad de presencia. La inspiración cristiana no debe sólo hacerse presente en la política, sino en todo el vasto campo de acción que conforma el entramado de la historia. Se trata de una inspiración, no de una norma concreta; es decir, de algo que va conjugado con la realidad a través del típico proceso de mediación que implica siempre todo paso de la fe a la praxis concreta.

Debido a todo esto son necesarios un gran amor por el hombre y un gran amor a Dios, un atento estudio de la realidad y un estudio igualmente atento a la palabra de Dios, una pasión por la tierra y una pasión por el cielo. Se trata de algo que no está tan lejano de nosotros como si hubiese necesidad de atravesar espacios infinitos para alcanzarlo, sino que está cercano a nosotros, alrededor de nosotros, estrechamente relacionado con nuestra actividad cotidiana. El paraíso se construye día a día trabajando en la tierra. C. Peguy,

el poeta de la esperanza y de la Encarnación, tiene todavía algo que enseñarnos al respecto.

3. Laicidad y competencia

La inspiración cristiana no lo es todo. Una auténtica espiritualidad laical, no sólo por motivaciones humanas sino también por motivaciones propiamente teológicas, asume muy en serio la laicidad de las cosas creadas, de las realidades terrenas, de las actividades humanas. Un aspecto en el que insistían los teólogos de las realidades terrenas en los tiempos anteriores al Concilio y que hoy resulta todavía más urgente subrayar, en su trascendencia y en su obligatoriedad. El ejemplo clásico del zapatero todavía está vigente ante nosotros. **No es un buen zapatero el cristiano que todos los días comulga y que reza el rosario al tiempo que confecciona los zapatos** (este es evidentemente un aspecto no despreciable en el marco de una espiritualidad plena), **pero que no sabe hacer bien su producto. La competencia técnica es el primer deber del profesional cristiano.**

El Concilio ha aprobado solemnemente este estado de cosas, al ratificar la laicidad y la legítima autonomía de las realidades terrenas. Un logro irreversible en la conciencia de la Iglesia, al cual deben conformarse todos los laicos cristianos. Por ello, lo que afirma la *Gaudium et Spes* en su párrafo 36 debe ser atentamente meditado. La competencia técnica no se sustituye con actitudes religiosas. El primer deber para el creyente es exactamente el de alcanzar una competencia y una capacidad profesional en las cosas que pretende realizar: porque las cosas tienen “su propia consistencia, verdad, bondad, sus propias leyes y orden; y todo esto debe ser respetado por el hombre,

reconociendo las exigencias propias de cada ciencia y arte.” Laicidad significa respeto por las cosas, por sus leyes, por sus fines; laicidad significa competencia técnica, capacidad para manejar las cosas y las disciplinas con las que se tiene que trabajar; laicidad significa también contribuir al progreso de las ciencias y de las artes, no conformándose con ser reiteradores de lo ya existente, sino abriendo al progreso horizontes siempre nuevos.

La inspiración cristiana es necesaria “porque ninguna actividad humana, ni siquiera en las materias temporales, puede quedar sustraída al gobierno de Dios” (*Lumen Gentium* 36), esto no puede ni debe menoscabar la legítima autonomía y consistencia de las cosas. Como afirma Paulo VI, las realidades creadas no deben perder o sacrificar en nada su componente humano (*Evangelii Nuntiandi* 70). Los dos órdenes son paralelos y distintos entre sí, y hallan su síntesis en el trabajo de mediación del hombre; no están destinados a contraponerse si es cierto, como es cierto que “las realidades profanas y las realidades de la fe tienen su origen en el mismo Dios” (*Gaudium et Spes* 36). Entre el orden de la creación y el orden de la salvación y de la revelación existe ciertamente distinción y dialéctica, pero la distinción no puede nunca plantearse como separación. No se trata de elegir entre lo humano y lo cristiano, desde el momento en que las dos realidades tienen su origen en el mismo Dios. La mentalidad disgregadora, la mentalidad del todo o nada podría quizá encontrar alguna justificación antes del Concilio, pero hoy no tiene ninguna posibilidad de ser justificada.

Laicidad e inspiración cristiana son, por lo tanto, dos polos alrededor de los cuales se construye la acción temporal del cristiano. Ambos son insustituibles. El cristiano está llamado por ello a alcanzar

siempre una mayor competencia en uno y en otro campo. Como lo deseaba Teilhard de Chardin, en el cristiano de hoy, **la fidelidad a la tierra se da simultáneamente con la fidelidad al cielo**. La separación, el divorcio ha terminado: es necesario tomar nota y actuar siempre coherentemente en consecuencia de ello.

4. Fidelidad a la historia

Las historicidad es uno de los grandes hallazgos de la época moderna, un descubrimiento típicamente humano que está a la par con el descubrimiento de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande en el plano de la naturaleza. La fidelidad a la tierra implica para el cristiano también una fidelidad a la historia, no sólo en el sentido de tomar parte activa en los procesos que la historia está desarrollando ante nuestros ojos, sino también, y sobre todo, en el sentido de estar siempre alertas y disponibles a los signos de los tiempos, que llaman continuamente a nuestra puerta. La espiritualidad laical se nutre también de estos pensamientos.

Con respecto a los signos de **los tiempos (que pueden definirse como las expectativas, las esperanzas, las aspiraciones de la humanidad en los diversos momentos de su evolución histórica)** existe una mini-teología conciliar digna de la máxima atención, para todos, pero en especial para los laicos. De conformidad con los números 4 y 11 de la *Gaudium et Spes*, los signos de los tiempos son interpretados y purificados a la luz del Evangelio, pero, siendo en sí óptimos, no pueden ser rechazados por el cristiano y por la comunidad cristiana. Y sin embargo, esto parece haber sucedido casi como norma en la historia reciente.

Esto es grave de por sí y reclama la responsabilidad de la Iglesia en su conjunto, pero en particular de los laicos, que deberían ser un grupo de especialistas, casi “magos” o “adivinos,” de los signos de los tiempos. Si para el no creyente, el desatender los signos de los tiempos equivale sencillamente a perder el tren de la historia (y esto no es ciertamente poco: los reaccionarios serán marginados y sumergidos); **para el creyente, el desatender los signos de los tiempos, aparte de perder el tren de la historia, significa también pecar contra el Espíritu Santo:** “Vox temporum vox Dei,” afirma un antiguo refrán cristiano: la voz de los tiempos es (de alguna manera) la voz de Dios. Dios, del mismo modo que habla a través de la naturaleza, habla también a través de la historia, de la historia pequeña (nuestra crónica cotidiana) y de aquella historia mayor. Con su valerosa toma de posición, el Concilio intentaba hacer la paz con la historia (la sombra del “Syllabus” no era tan lejana). Esta actitud entra ahora, por derecho propio, a formar parte de la espiritualidad cristiana, en particular de la espiritualidad laical, que en su condición secular tiene su nota específica y característica.

¡Cuán distinta sería la historia de la Iglesia (y del mundo) si los cristianos se hubiesen siempre comportado de esta manera! Hace algunos años Juan Pablo II recordaba en Francia que el trinomio de la Revolución francesa “libertad-fraternidad-igualdad” es un trinomio perfectamente cristiano y nadie puede, ciertamente, cuestionarlo. El problema es saber cómo se comportaron, con respecto a aquélla que es considerada como la más grande revolución de los tiempos modernos, los cristianos de entonces. Dos siglos después es demasiado fácil alinearse con la historia. Pero ya han pasado demasiados trenes y el reloj ciertamente no puede retroceder. Es necesario asumir una actitud y una disposición para interpelar los signos de los tiempos. Y

una capacidad de conversión respecto a nuestro pasado y una psicología que no caiga casi instintivamente en los temores de quien no tiene el valor para desechar una situación ya establecida. La psicología del éxodo se halla bastante extendida en nuestro mundo: la describe, con un lenguaje que supera los límites del espacio y del tiempo, el libro homónimo de la Biblia. La tentación de la seguridad es un obstáculo que impide afrontar con serenidad el futuro; ¡cuánta historia post-conciliar está contenida en estas frases!

Espiritualidad laical también es esto: no debe existir temor frente a los grandes pensamientos. Es necesario, por el contrario, volver a pensar a lo grande. El laico cristiano no puede retozar, especialmente hoy, como los niños en la playa bajo la mirada de sus padres; es necesario avanzar a la descubierta, es necesario navegar mar adentro. Uno de los defectos más grandes de nuestra espiritualidad es el de habernos cortado las alas al habernos acostumbrado a visiones tradicionales y domésticas, al haber creado mentalidades tímidas y temerosas. Debemos, en cambio, pensar, con el Concilio, exactamente en términos opuestos. **Para Santo Tomás, la virtud típica del cristiano comprometido es la magnanimidad, la grandeza de alma, la capacidad de elevarse sobre la mediocridad.**

Nuestro pasado mejor ha estado a esta altura.

5. Relectura de la espiritualidad de la “fuga mundi”

La espiritualidad de la “fuga mundi” tiene una larga historia. Nacida en un ambiente monástico (San Agustín, creador del monasticismo urbano, puede ser considerado como una excepción), encontró amplia acogida en “La Imitación de Cristo,” el libro espiritual tal vez más

difundido en el mundo cristiano. Nacido éste también en un ambiente monástico, insiste desde sus primeras páginas en la necesidad de la fuga del mundo, en la oración contemplativa y en el desprecio del cuerpo, recomendando al mismo tiempo, siguiendo el ejemplo de grandes santos, evitar la compañía de los hombres para reservarse plenamente a la compañía de Dios. Hoy, una visión más serena y completa permite juzgar como insuficientes y, en fin de cuentas, aún como injustas estas actitudes. Con Charles de Foucauld, la “fuga mundi” retornó a su lugar de origen, es decir al ámbito de los monjes y ermitaños. El Concilio Vaticano II, con sus tomas de posición, ha permitido revisar los esquemas no sólo de la espiritualidad laical, sino también las mismas bases de la espiritualidad monástica. Así, la “fuga mundi” no puede ser la actitud del laico que, como hemos dicho, tiene en la condición secular su característica específica; pierde también, además, toda connotación negativa para los monjes y ermitaños. No significa desprecio del mundo, sino más bien solidaridad con él para reconducirlo a Dios. Muchos santos han mostrado claramente con su vida que es posible conjugar el radicalismo evangélico con su presencia en el mundo.

Ciertamente la discusión sobre el tema depende mucho del significado que se confiera a la palabra “mundo”: una palabra bíblicamente ambigua, porque entraña múltiples significados. Existe ciertamente una connotación negativa, cuando con ello se entiende el conjunto de las realidades que tratan de oponerse frontalmente a Dios. En este sentido, mundo es como la personificación de todo el mal. De este mundo se trata cuando se dice, por ejemplo, que Jesús no ora por el mundo (Jn 17, 9), cuando el apóstol Pablo invita a los cristianos a no identificarse con este mundo (Rom 12, 2), cuando se plantea la antítesis entre la sabiduría de este mundo y la sabiduría de Dios:

“La sabiduría de este mundo es necedad frente a Dios” (1 Cor 3,19), cuando los cristianos son invitados a no amar el mundo ni las cosas del mundo (1 Jn 2,15), cuando se concluye: “Quién quiera ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios” (Santiago 4, 4). Pero, como es sabido, existe también otro sentido y otra valoración cuando se habla del mundo en su significado sencillamente cronológico o antropológico. Así se dice que “Dios ha amado tanto al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito” (Jn 3,16). o que Jesús no ha venido “para condenar al mundo sino para salvar al mundo” (Jn 12, 47).

Ahora ofrezco una palabra de síntesis para la mentalidad de hoy, aplicada sobre todo a los cristianos laicos, llamados por su misma existencia a vivir continuamente en el mundo.

V. Truhlar, un maestro de doctrina espiritual de nuestros días, ha encontrado tal vez la fórmula justa, cuando ha hablado de “fuga del mundo en medio del mundo.” La explicación es perfectamente conciliar: “El Concilio Vaticano II está consciente por una parte de que en el mundo existe el pecado, que en él están las fuerzas satánicas, que el pecado del hombre pervierte el aspecto del mundo, que este mundo perverso, a su vez, ejerce un influjo destructivo sobre el hombre, lo debilita moralmente, así que inmerso en esta batalla, el hombre debe combatir sin descanso para adherirse al bien (*Gaudium et Spes* 37). El Concilio además recomienda la prudencia que es necesaria en el contacto con el mundo. Por otra parte, sin embargo, envía clara y decisivamente a los cristianos a actuar en medio del mundo.”² Una espiritualidad equilibrada, por lo tanto, que asume en su justa medida los diversos aspectos que componen esta plena y contradictoria realidad.

² V. Truhlar, *Lessico di spiritualità*, Queriniana, Brescia, 1973, p. 261.

Recordemos de paso que la carta de Pablo a los Colosenses “Si por tanto habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba donde se encuentra Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de allá arriba, no en las de la tierra” (Col 3,1-2) debe interpretarse a la luz del contexto según el cual las cosas de la tierra son “fornicación, impurezas, pasiones, deseos malvados y aquella avaricia insaciable que es la idolatría” (Col 3, 5). Igualmente las cosas de allá arriba son la misericordia, la bondad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, etc., de las cuales se habla inmediatamente después (Col 3,12-15). En el mundo, en el mismo mundo, es posible vivir como hombre viejo o como hombre nuevo; es esto lo que el apóstol quiere decir: “Os habéis deshecho del hombre viejo con sus acciones y os habéis revestido con el nuevo, que se renueva, a través de un pleno conocimiento, a imagen de su Creador.” El hombre nuevo camina en la novedad de la vida.

También la lectura de un texto difícil de la primera carta del apóstol Pablo a los cristianos de Corinto conduce a las mismas conclusiones. Se trata de 1 Corintios 7, 29-31: “Os digo, pues, hermanos: El tiempo es breve. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa.” No es la fuga del mundo lo que pretende el apóstol, sino el correcto uso de las cosas. O. Cullmann advierte que en la lectura del difícil texto es necesario no sólo subrayar las expresiones negativas sino también aquellas positivas; es decir se debe tener presente: “El hecho de que utilizan las cosas de este mundo, están casados, lloran, gozan, adquieren” las cosas, “están ahora aquí, porque está en la naturaleza del tiempo actual que existan

y que, en este ámbito, el creyente viva teniendo conciencia de encontrarse en el camino que va de la resurrección a la parusía de Cristo.”³ Es la tensión entre el “ya” y el “no todavía” que se refleja interiormente en el cristiano: hasta que no sea resuelta esta tensión en la pacificación final, la renuncia es tan necesaria como la simpatía, la ausencia como la presencia, la separación como el acercamiento. Según la expresión de Teilhard de Chardin, sucede como en la actividad de los pulmones, la aspiración y la espiración o, si se prefiere, los movimientos cardiacos de sístole y diástole.

Por lo que se refiere a la última afirmación del texto Paulino, el Concilio ha dado su interpretación subrayando todavía más el hecho de que no es el mundo como tal, sino su escena, su figura, su aspecto que pasa; es más, su aspecto “deformado por el pecado” (*Gaudium et Spes* 39).

6. Algunas urgencias específicas

La situación actual exige atención y actitudes particulares por parte del laico cristiano comprometido en el mundo. Nuestra época se halla abrumadoramente agobiada por una grave pérdida de valores, reemplazados por una serie de pseudo valores, que dominan sin oposición nuestro panorama cultural. Nuestra sociedad es la sociedad del dinero, del consumidor, del individualismo, de la búsqueda frenética del éxito, del hedonismo, del libertarismo y de la consiguiente corrupción y pérdida de moralidad. La sociedad de los “ismos,” estas tremendas enfermedades que le carcomen la raíz. El cristiano debe responder con un comportamiento contra corriente.

³ O. Cullmann, *Cristo e il tempo*, Il Mulino, Bolonia, 1967, p. 248s.

De este modo la **pobreza** como consejo evangelico alcanza un motivo más para ser recomendada. La formación en el pasado reciente no ha insistido mucho en esta virtud que aparecía, en los antiguos planteamientos como una característica de los religiosos y de las religiosas. Por una interpretación inexacta de un texto de Mateo se había reducido a simple concepto y, en cambio, en su sustancia, resulta un imperativo para todos, aun cuando deba vivirse en formas diversas, conforme a las propias condiciones de vida. “Extranjero y peregrino,” según la hermosa definición de San Pedro (1 Pedro 2,11), el cristiano da testimonio de su esperanza que radica en él, sobre todo a través del desprendimiento y la pobreza.

Igualmente, debemos referirnos a **la solidaridad**, en un mundo enfermo de individualismo y de egoísmo. La solidaridad es un nombre nuevo para la caridad, la virtud principal del cristiano y de la comunidad cristiana. La sociedad fragmentada hasta sus raíces exige un suplemento de caridad, de altruismo, de gratuidad. La solidaridad es un imperativo del momento, es el nuevo nombre de la paz.

Del espíritu de servicio hablaremos más ampliamente en el próximo capítulo. Pero recordemos que es un aspecto de especial atención para el laico cristiano de nuestro tiempo. En un mundo en el que todos quieren dominar y encontrar los caminos de los éxitos fáciles, **la actitud de humildad y de servicio es un útil antídoto y una saludable lección**. Una razón más para comprometerse en la conquista de virtudes que pertenecen por derecho al ámbito cristiano.

Finalmente, en el mundo de una corrupción desatada, es necesario el testimonio, incluso heroico, de **la honradez y de la moralidad pública y privada**. Un tema muy amplio que requiere de

atentos análisis y de valerosas soluciones, que incluye desde la evasión fiscal y la práctica de las “recomendaciones” hasta el uso de la “mordida,” al hurto en el comercio, al engaño político y así casi al infinito. Tal vez nadie se halla en posibilidad de enumerar la casuística completa de una moderna inmoralidad. Los casos judiciales están al orden del día y no dejan nunca de sorprender, pero una sensación muy difundida y con toda probabilidad fundada, es que el mal es todavía más vasto. Son necesarios diques que detengan el torrente, que muestren a los jóvenes que existen asimismo otras posibilidades de vida y de relaciones humanas. El laico cristiano debe estar asimismo, comprometido también en este terreno. El laico cristiano, centinela avanzado en el frente de los compromisos terrenales. Su espiritualidad necesita ser alimentada por pensamientos magnánimos y por elevados ideales.

